

Bergson, Henri (1902 [2018]). *Historia de la idea del tiempo*. Barcelona: Paidós. Kindle, pos. 410-450.

“Pensemos en un novelista, en un poeta, describiéndonos un personaje. ¿Cómo lo hacen? Nos presentan a sus personajes a través de una serie de aventuras, nos cuentan la historia y nosotros conocemos del personaje aquello que ellos quieren contarnos. ¿En qué consiste este conocimiento? Es el conocimiento de acontecimientos o de estados mentales expresados a través de palabras; estas palabras son distintas alusiones a cosas que hemos visto, a estados por los que hemos pasado —cosas que ya conocemos—. El novelista describe a su personaje, nuevo para nosotros, en términos ya conocidos. ¿Qué se necesita para que tengamos un conocimiento, ya no relativo —relativo a lo que ya conocemos— sino absoluto del personaje que se nos presenta? Se necesita que el novelista, el poeta, encuentre la forma de transportarnos al interior de su personaje, de hacernos coincidir con él. ¡Ah, qué diferente sería! Lo que nos cuenta de él, del personaje, sus aventuras, sus estados mentales, todo esto no parecería ya sumarse a la idea que tenemos del personaje, enriquecerla progresivamente, poco a poco. No. Tendríamos un conocimiento integral, completo, perfecto del personaje, todo de golpe; sus acciones, gestos, palabras, aventuras, todo esto nos parecería derivarse, como de una fuente, de esta percepción central del personaje. En lugar de sumarse a la idea que teníamos del personaje, los acontecimientos, por el contrario, se desprenden de esta idea sin suprimir nada, sin empobrecerla de ninguna manera.

¿Es acaso posible un conocimiento de este tipo? Tan es posible que ese es precisamente el conocimiento que el novelista mismo, el poeta mismo —si es un verdadero novelista o un verdadero poeta—, tiene de su personaje, pues él mismo está al interior del personaje que describe. Los personajes que presenta un novelista —si se trata de un escritor talentoso que sabe darles vida— no pueden ser, a mi parecer, otra cosa que el novelista mismo. Él no puede más que describirse a sí mismo. Todos somos personajes múltiples. Además de todo lo que somos, está todo lo que habríamos podido ser; nuestra vida, nuestra historia, son una elección, una selección hecha por nosotros y por las circunstancias, entre muchas historias diferentes que pudimos haber vivido, entre muchos personajes que pudimos haber sido. Está claro que lo que hace el escritor, el novelista, no es yuxtaponer detalles de las observaciones que ha tomado de aquí y de allá. Sí que podría hacerlo, y hasta lo hace con frecuencia; pero entonces consigue algo que no está vivo, que no es viable. Cuando, por el contrario, logra algo vivo, es porque pone en ello todo lo que él es, y especialmente todo lo que habría sido si todo lo que hay de virtual en él hubiera logrado su existencia. La vida, por decirlo así, le construyó una senda que él terminó por recorrer; pero si nos remontáramos al origen, nos percataríamos de que muchos otros senderos podrían haber sido labrados; muchos otros caminos, recorridos. Pues bien, lo que hace el novelista, lo que hace el poeta al crear a los personajes, es eso: remitirse a la fuente.

¡Ah! Reconozco que en general existen ciertas personas con una individualidad más rica que la del común de los hombres. Dentro de un poeta, de un gran poeta, existen muchas más personalidades diferentes, virtuales, que en el común de los hombres. Pero todos somos en menor escala lo que el poeta es a lo grande. Dentro de cada uno de nosotros hay personalidades virtuales, y nuestra personalidad real es una elección efectuada por nuestra voluntad y por las circunstancias. Lo que hace el poeta es trasladarse a la fuente, desenredar todos los caminos que habría podido seguir, y cada uno de estos caminos es un personaje que él crea, que él compone, que él vive. Conoce al personaje a fondo, coincide con él, pues es él mismo. He ahí lo que sería el conocimiento absoluto de un personaje de novela si esto fuera posible para quien la lee. Pero no es posible: el novelista trata de crear para nosotros una ilusión a través de ciertos procedimientos de sugestión, procedimientos que hacen que, al contarnos un evento de la historia de su personaje o algún estado de ánimo de su personaje, nosotros digamos: “es natural, eso debía suceder”. Lo decimos después, nunca antes. Por consiguiente, nos da en cierta medida la ilusión de que nosotros estamos al interior del personaje, que lo conocemos a fondo; pero en realidad no es más que un conocimiento relativo, puesto que siempre nos imaginamos al personaje nuevo en términos de lo ya conocido”.